

La Argentina rural. Reflexiones históricas sobre las mutaciones del “granero del mundo”

Rural Argentina Historical thoughts about the transformations of the “granary of the world”

Noemí M. Girbal-Blacha

*Conicet, Centro de Estudios de la Argentina Rural, Universidad Nacional de Quilmes,
Argentina*

noemigirbal@gmail.com

Recibido: 24.10.18

Aceptado: 11.05.19

Resumen

La Argentina agroexportadora reconoce históricos desequilibrios regionales. En sus casi 3 millones de kilómetros cuadrados de territorio, una cuarta parte de su superficie se concentran -desde la primera década del siglo XX- las tres cuartas partes de la población, la agricultura, la ganadería y la infraestructura, en torno al eje metropolitano cercano al puerto de Buenos Aires y en beneficio de la región pampeana que lo circunda. La tierra con su particular sistema de tenencia así como el accionar del Estado, han sido y son variables sustantivas para comprender los perfiles de su heterogéneo mundo rural. Este estudio histórico se propone analizar las continuidades y los cambios del llamado *granero del mundo*, especialmente en tiempos del Estado interventor, dirigista, desarrollista y neoliberal para comprender algunas de las variables del pasaje de la agri-cultura al agro-negocio.

Palabras clave: agricultura; exportación; agronegocio; soja

Abstract

The agro-export Argentina acknowledges historical regional inequalities. Along its almost 3-million- square-kilometre territory, one quarter of its surface, three- quarters of its population, agriculture, livestock and infrastructure have concentratred since the first

decade of 20th century around the mainland near Buenos Aires Port and for the benefit of Pampas region that surrounds. The land with its particular tenure system together with the state action have been substantive variables in order to understand the profiles of its heterogeneous rural world. This historical research intends to analyze the continuities and changes of the so-called *granary of the world*, especially in times of interventionist, dirigiste, developmental and neoliberal State in order to understand some variables of switching from the agri-culture to the agro-business.

Key words: agriculture – export – agrobusiness – soy

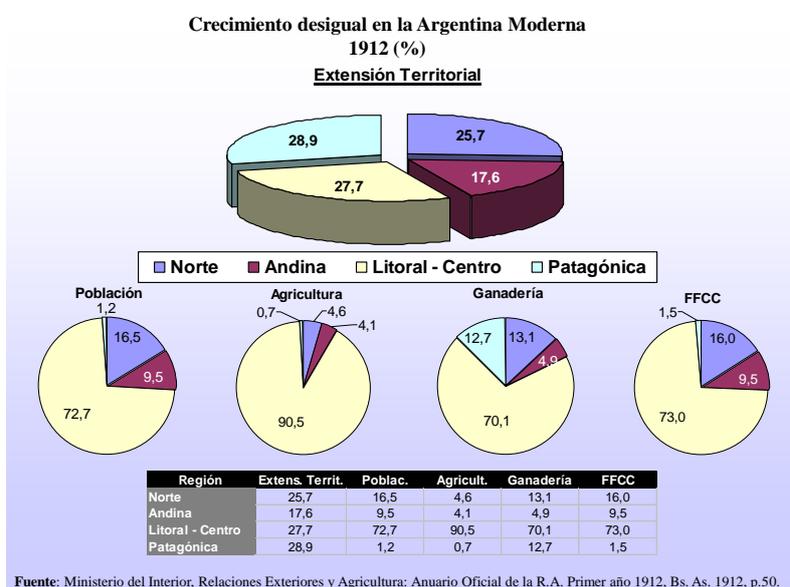
1. El escenario, el paisaje y los actores:

La Argentina es un país de casi tres millones de kilómetros cuadrados que reconoce históricos desequilibrios regionales. En algo más de una cuarta parte del territorio argentino se concentran desde los tiempos del Centenario de la Revolución de Mayo, las tres cuartas de la población, la agricultura, la ganadería y la infraestructura, en torno al eje metropolitano y en beneficio de la región pampeana que lo circunda. La tierra con su particular sistema de tenencia —gran propiedad, arrendamiento, medianería, ocupación precaria— ha sido y es una variable sustantiva para comprender los perfiles de la nación argentina y en particular de su heterogéneo mundo rural.



Desde mediados del siglo XIX el valor de la tierra y la importancia de quienes la poseen se asocian no solo al predominio económico, sino al poder político y su ejercicio, tanto como al prestigio social. La posesión o no de la tierra se impone como variable de poder desde entonces, más allá de la significación del puerto de Buenos Aires y de los productos exportados como el cuero, la sal, el sebo, el tasajo y la lana característicos de fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, que se traducen en las crecientes rentas de aduana que fueran —a su turno— uno de los motivos de mayor incidencia en la guerras civiles argentinas decimonónicas (Álvarez, 1912). También es un factor decisivo durante el siglo XX cuando se desarrolla con fuerza el modelo agroexportador.

Conquista y colonización actúan como procesos autónomos en la Argentina Moderna, receptora de capitales externos y de inmigración masiva (italianos y españoles mayoritariamente), que terminaría por gestar una «revolución» agrícola, esencialmente triguera. El arrendamiento de la propiedad raíz y la presencia del chacarero en la rica región pampeana ha sido la esencia de la «historia social del trigo» argentino (Scobie, 1968). Aun luego de llegar al fin de la expansión horizontal agraria cuando promedia la década del diez del siglo XX, la tierra reajusta su significado. Entonces, el crecimiento de su valor capitaliza a sus dueños y demora una industrialización sustitutiva de importaciones capaz de diversificar la economía.



La territorialidad implica un sentimiento de pertenencia y el agro es parte sustantiva de ella. «El territorio, siendo a la vez un soporte espacial y un producto social, posee asimismo una dimensión afectiva y cultural, porque es un espacio que se ha segmentado y hecho propio»; resulta «un componente destacado de los procesos identitarios, articulados a partir del binomio pertenencia-apropiación». En suma, identidad y territorio se refuerzan

mutuamente, porque la territorialidad fortalece aquellos procesos de identidad que están ligados al «sentimiento de pertenencia a un espacio geográfico determinado». El territorio se vincula, por consiguiente, al paisaje entendido como «un producto complejo que se construye lentamente de acuerdo con dinámicas específicas e interrelacionadas de carácter natural, social y cultural» (Rodríguez Lestegas, 2010: 147). La dimensión cultural es la que le da valor pleno al paisaje, en tanto resultado de un conjunto de componentes naturales que conforman el ambiente o espacio geográfico y se convierte en territorio afectado por su propia historia, su organización, para ser codificado finalmente como paisaje. Existen variadas miradas sobre el paisaje que influye y es definido —a su vez— por las expresiones políticas vigentes (Delgado Bujalance y Ojeda Rivera, 2010: 359-360). De allí la importancia de los vaivenes políticos.

El ascenso del radicalismo al gobierno nacional en 1916 preserva y refuerza el modelo agroexportador, proponiendo cambios solo en el plano político y social, redistribuyendo el ingreso pero sobre las mismas bases económicas; es decir, una política pública que se respalda en la designación de cinco de los ocho ministros que acompañarían a Hipólito Yrigoyen en su gestión gubernativa, pertenecientes a la Sociedad Rural Argentina. Las cargas impositivas —por su parte— afectan a los productos de las agroindustrias del interior del país en favor de un mayoritario mercado consumidor litoraleño que también concentra el mayor porcentaje de electores. La primera posguerra pone en jaque a la ganadería vacuna y ante la crisis de 1921 —producto de una demanda modificada— se genera el enfrentamiento entre criadores e invernadores, al punto de obligar a la intervención del presidente Marcelo T. de Alvear, quien por ley fija un precio mínimo para la compra de carne de exportación y uno máximo para el consumo interno. La reacción de los frigoríficos no se hace esperar, en medio de la abundante oferta de ganado. Entonces, el Estado debe revocar la disposición legal, pagando altos costos económicos y también políticos.

Los hombres de la Sociedad Rural vinculados a las inversiones frigoríficas británicas enarbolan desde 1926 el lema «comprar a quien nos compra», para afirmar sus nexos con Gran Bretaña y marcar distancias con los Estados Unidos, poderado como un férreo competidor en materias primas agrarias. El Pacto D'Abernon, de noviembre de 1929, es una acabada expresión del hecho y al mismo tiempo un anticipo del Pacto Roca Runciman que se firmaría en 1933, como adaptación a la dependencia y afirmación del bilateralismo (Smith, 1968). La situación se hará más visible recién en la década del treinta al quedar expuestos los dilemas de una «economía abierta» como la argentina, afectada —como todo el mundo occidental— por la crisis económico financiera internacional de 1929 (O'Connell, 1984; Comín Comín, 2012).

2. El agro argentino en tiempos del Estado interventor y benefactor

La presencia del Estado Interventor y sus equipos tecnicoburocráticos volverán a mostrar —luego del crac neoyorkino— el perfil agroganadero de la nación más allá del «fin del crecimiento hacia afuera». Lo harán a través de organismos específicos para articular los subsidios oficiales dirigidos a beneficiar al agro a través de las Juntas Reguladoras de la Producción desde 1932 —de Carnes, Granos, Azúcar, Vinos, Yerba Mate y Algodón— y varias medidas financieras que complementan el intervencionismo estatal, como el establecimiento del Control de Cambios (1931-33) y la creación en 1935 —como entidad de capitales mixtos— del Banco Central de la República Argentina, regulador de la oferta monetaria y de las tasas de interés, y el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias (1935) que moviliza los activos fijos. El mercado interno pretende afirmarse, pero lo hace tardíamente y no sin dificultades para un país dependiente como la Argentina, más allá de las recomendaciones que desde 1918 hiciera el economista Alejandro Bunge y el grupo de jóvenes intelectuales que lo acompañaran desde la *Revista de Economía Argentina*, bregando por otorgar un espacio sustantivo al mercado consumidor argentino (González Bollo, 2012).

El intervencionismo del Estado también se hizo presente para ejercer el control social en el mundo rural. Lo hizo desde los inicios de los años treinta —luego que se llevara a cabo el Censo de Desocupados para la ciudad de Buenos Aires— a través de la Junta Nacional para Combatir la Desocupación (Junald), con filiales en Buenos Aires, Chaco, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Mendoza, San Luis, La Rioja y Santiago del Estero; procurando controlar el desempleo por medio de «la regulación del trabajo» en el campo argentino. Para completar su objetivo de disciplinamiento, llevaría a cabo una encuesta en todo el territorio nacional durante 1937, que a modo de diagnóstico procura «redistribuir» a los trabajadores hacia regiones donde el requerimiento de mano de obra estacional se estima como más necesario.

Dicho en palabras de la Junald el propósito es atender a las características agropecuarias de la economía argentina donde «la demanda de brazos fluctúa en forma periódica, sería suficiente el mantenimiento de un organismo destinado a atender los talleres de adiestramiento, cuya difusión es previsible, y la traslación de hombres para facilitar la nivelación de la oferta y demanda de brazos». Así queda expuesto en los documentos emitidos por el organismo¹. Para la Junta «la desocupación se mantiene por ausencia de organismos oficiales encargados de dirigir los núcleos de gente sin trabajo, que se congregan en determinadas zonas, hacia lugares donde se requieren brazos, o bien,

¹ JUNTA NACIONAL PARA COMBATIR LA DESOCUPACION (Ley 11896): *Memoria elevada al Ministerio del Interior*, Buenos Aires, 1936, p. 7. Aspectos generales del agro en: Barsky y Gelman, 2001.

cuando esos organismos existen, por falta de vinculación entre ellos.»² De ahí que la institución estime que sus funciones deben ampliarse hasta llegar a convertirse en una organizadora del trabajo con marcado perfil agrario. Una vez más el esfuerzo oficial se dirige a sostener el modelo agroexportador, más allá de los desequilibrios regionales que su aplicación genera.

Sin dudas la crisis estructural y orgánica de los años treinta, es más una reacción por la falta de respuestas a las necesidades que la sociedad plantea, que una consecuencia derivada de la miseria profunda. Se quiebra la identidad entre los sectores dirigentes y el cuerpo social, porque los primeros no encuentran respuestas dentro del sistema y los sectores subalternos no logran plasmar una propuesta alternativa superadora de la situación vigente. La crisis es compleja y afecta la identidad entre gobernantes y gobernados, la distribución, la legitimidad, la participación y las alternativas de la dependencia, generando respuestas adaptativas.

La bilateralidad anglo argentina recién intenta discutirse hacia 1940, cuando el Ministro de Hacienda Federico Pinedo presenta ante el Senado de la Nación el Plan de Reactivación Económica para anticiparse a los temidos efectos de la segunda posguerra. En un intento por esperar «la vuelta a la normalidad», el Estado nacional propone conciliar industrialización y economía abierta, postulando un giro favorable en las relaciones con los Estados Unidos, pero sin dejar de apelar al gobierno para la compra de los saldos exportables agrícolas invendibles. Una vez más el Estado subsidia al agro, mientras destaca que es este el que constituye «la gran rueda de la economía» (Llach, 1984).

Por su parte, la creación del Consejo Agrario Nacional en 1940 y los proyectos de reforma agraria que desde allí parecen querer impulsarse, especialmente luego de la Revolución de los Coroneles del 4 de junio de 1943, se frustran como parte de las medidas tendientes a generar desde el Estado un equilibrio entre propietarios, arrendatarios, medieros y aparceros, que finalmente solo se prolongaría en el tiempo (desde 1942) con la reducción de un 20 % en el pago de los arrendamientos y la suspensión de los desalojos, para evitar las migraciones internas, del campo a las ciudades.

Más allá de la propuesta de redistribución del ingreso impulsada por el peronismo desde mediados de los años cuarenta, y de los beneficios sociales que se registran con la aprobación del Estatuto del Peón Rural (1944) que ordena un sistema laboral para los peones permanentes, el Estatuto del Tambero Mediero (1946), el fortalecimiento del Centro de Oficios Varios desde 1947, que rige para los peones rurales transitorios, la tierra sigue

² JUNTA NACIONAL PARA COMBATIR LA DESOCUPACION (Ley 11896): *Memoria elevada al Ministerio del Interior*, Buenos Aires, 1938, p. 19.

siendo un bien que se valoriza en sí mismo y que se identifica con la «oligarquía terrateniente» que habrá de confrontar, entonces, con el «pueblo trabajador».



El agro juega un papel estratégico en tiempos de la redistribución del ingreso y de «la justicia social, la independencia económica y la soberanía política». La nacionalización de la banca y los depósitos (1946), la primera planificación quinquenal (1947-1951) y la acción del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI) que en tanto organismo autárquico monopoliza todo el comercio exterior argentino desde 1946, permiten derivar los recursos genuinos del agro — con precios internacionales altos y pago ajustado a quienes producen — a través del crédito oficial— para incentivar la pequeña y mediana industria nacional que produce para el mercado interno, con materias primas nacionales (Girbal-Blacha, 2003).

La «vuelta al campo» como expresión de las alteraciones de la economía internacional y del cambio de rumbo de la política económica peronista hacia 1950, convalida una vez más, la vigencia del país agrario. También el de una economía con perfiles liberales, la propuesta de un crédito barato al servicio de las actividades rurales que se hace acreedora a los créditos de habilitación rural (baja tasa de interés y largo plazo de reintegro) que se conjugan con la heterogeneidad del peronismo, más allá de la verticalidad doctrinaria.

La tecnificación del agro avanza y progresivamente se respaldará en las propuestas cepalinas, que se arraigarán en la Argentina a través de la planificación económica de Raúl Prebisch, luego de la caída de Juan Perón ocurrida en setiembre de 1955. Los años sesenta darían muestras de la tecnologización progresiva del agro, del avance desarrollista con sus

limitaciones y de la implementación de las retenciones a las exportaciones agropecuarias para fortalecer las finanzas públicas (Barsky y Gelman, 2001).

3. Del granero del mundo a la expansión sojera

Será hacia los años setenta cuando el sujeto agrario se desdoble como producto de los vaivenes económico-financieros internos ligados a la ortodoxia económica vigente y a la crisis del petróleo que desde los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se expande mundialmente desde 1973. Los dueños de la tierra y aquellos que poseen la tecnología y el capital agrario, ya no son los mismos en la Argentina. La figura del contratista se afianza y la «oligarquía terrateniente» más tradicional —nucleada en la histórica Sociedad Rural Argentina (creada en 1866)— sufre el impacto. La tecnología va más allá de la mecanización y se torna progresivamente imprescindible para el ámbito rural, hasta alcanzar a los desarrollos genéticos.

En el decenio 1973-1983 se frena el crecimiento económico mundial, cuando se derrumba el orden monetario de Bretton Woods y crece la inflación (Maddisson, 1988, caps. I, II, IV, V y VII). Las consecuencias generan cambios en los precios, en los términos del intercambio, en los mercados financieros internacionales y en la balanza de pagos. Entonces —cuando el cierre de las fábricas da paso a una apertura creciente de instituciones bancarias— el producto interno bruto (PIB) de la Argentina baja y se sitúa en un -11,2; el volumen exportable lo hace en -21,3 y el poder de compra de esas exportaciones en -45,8, afirma el ingeniero Jorge Schvarzer. El poder económico y el Estado se adecuan a los tiempos y procuran impulsar las exportaciones de productos no tradicionales a mercados no tradicionales, aunque con un éxito muy relativo.

Durante la década del ochenta la economía agraria argentina debe analizarse a la luz de la crisis económica, el impacto negativo de la deuda externa, el desborde inflacionario y la crisis del Estado fiscal que articula una política monetaria e impositiva de perfiles restrictivos. Ya en 1981 bajan los precios de los productos primarios. A partir de 1982, la transferencia de los recursos al exterior se logra revirtiendo el déficit comercial, que se alcanza —en parte— contrarrestando la caída de los precios agrícolas con el aumento en un tercio del volumen de lo exportado. En 1988, el incremento del 35,3 % en los valores de las exportaciones argentinas resulta influido por el alza en los precios internacionales de los granos y el aumento del volumen de los de carácter agrícola en general. Los sectores rurales de la economía y la sociedad argentinas calman parcialmente sus reclamos cuando la ecuación precios, costos y rindes restablece sus relaciones equitativas. Se aproximan tiempos de cambio político. De todos modos, el control de la inflación en los inicios de los años noventa, no significa el fin de los problemas para el campo argentino, ya que todavía

persisten las difíciles condiciones internacionales que traban la comercialización conveniente de nuestros productos agropecuarios.

En 1993 la situación agraria nacional es afectada por factores muy complejos. La adopción en las economías del interior del país del estilo tecnológico pampeano, la transnacionalización de la agricultura y la presencia de países desarrollados que no solo se autoabastecen en alimentos, sino que los exportan, son algunos de los síntomas que caracterizan e influyen en nuestro desarrollo económico. Se tiende a una Europa sin fronteras, cuya producción agraria subsidiada, al igual que la de los Estados Unidos, responde a intereses de bloque y al objetivo explícito de superar crisis nacionales. Se suman todos estos factores mencionados para complicar la situación del agro argentino, que —no obstante— sigue siendo un sector sustancial para respaldar la economía del país. En diciembre de ese año la Comunidad Económica Europea y los Estados Unidos cierran el acuerdo agrícola del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés). La Argentina rural respira aliviada, ya que se beneficia con pautas económicas y fiscales que alientan su comercio, aunque resignando algunas de sus aspiraciones en cuanto a una mayor liberalización del intercambio.

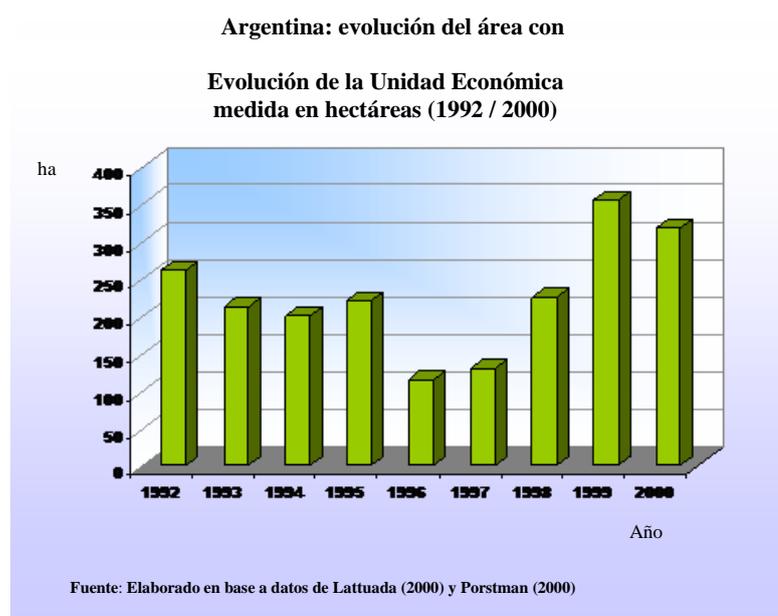
Desde fines de 1995 «el campo vuelve a ser negocio», se afirma desde las publicaciones dedicadas a las cuestiones rurales, a pesar de algunos efectos negativos de la sequía y la recesión. La producción, las exportaciones de granos y los precios internacionales en alza, junto a un notable aumento de los rendimientos, atraen al capital extranjero hacia el sector agropecuario. Un balance del ciclo anual permite calificar a 1995 como «el año de los récords» en cuanto a producción granífera (45 millones de toneladas), exportaciones del complejo oleaginoso (4200 millones de dólares) y producción láctea (nueve mil millones de litros).

A los mercados tradicionalmente compradores, otros nuevos (como el asiático) se suman. Las reglas de juego fijadas en el marco del Mercado Común del Sur (Mercosur) y las tendencias sugeridas por la Comunidad Económica Europea, dan muestras de los cambios operados. El agro convive con el peso de la deuda externa, los desajustes macroeconómicos y una férrea competencia internacional por la provisión de los mercados que —en ocasiones— tornan difícil la situación de los productores. Como siempre, la consigna es adecuarse a los tiempos y generar condiciones capaces de favorecer su inserción en la economía interna y mundial, a partir de un proceso que asegure la estabilidad y consolide la «reconversión productiva microeconómica», de la que nos habla Felipe Solá, por entonces uno de los responsables gubernamentales del área.

De modo progresivo y sostenido, la Argentina va dejando de ser «el granero del mundo» para convertirse —desde mediados de los noventa— en un país sojero. La soja

desplaza de manera sostenida y creciente no solo al trigo y al maíz, sino también a los cultivos intensivos agroindustriales. Las economías regionales sufren el impacto. Así por ejemplo, el algodón cultivado en la región del nordeste argentino —que sufriera en los sesenta la competencia de la fibra sintética— acusa el desplazamiento por la soja y la pobreza, tanto como la marginalidad y el desempleo que se adueñan de la región y de sus actores quienes durante largo tiempo fueran ocupantes precarios o intrusos en tierras fiscales. El área algodonera en el Chaco, por ejemplo, también padece un escenario de concentración y exclusión (Girbal-Blacha, 2011).

En 1970 la superficie plantada con soja en todo el país era de 30.470 hectáreas y en el 2012 alcanzaría a las 18.902.259 hectáreas. En tanto, la producción en toneladas crecería cuatro veces, de alrededor de diez millones en 1970 a más de cuarenta millones en 2012. El paquete tecnológico de semilla transgénica-glifosato-siembra directa derivará en un incremento del rendimiento por hectárea y la superficie sojera rece desplazando otros cultivos.



El campo argentino y sus actores sociales dan muestras, una vez más, de su importancia estratégica en la economía nacional y replantean su estilo operativo para adecuarse a las exigencias del Plan de Convertibilidad, la apertura económica, los procesos de desregulación y la pérdida de influencia del Estado en la economía. La supresión de las retenciones a las exportaciones agropecuarias, el descenso en los costos de las maquinarias e insumos importados, liga más estrechamente la rentabilidad de las unidades rurales a las variaciones de los precios del mercado mundial de cereales y oleaginosas. En tanto, frente a la estabilidad y las buenas cotizaciones de los productos en el mercado externo se generan nuevas formas de inversión agraria que tienen como protagonistas a los *pools* de siembra,

concentradores de capitales para el arriendo de campos y la producción a mayor escala (Arceo, 2011).

La tradicional tendencia a la concentración de la producción en la región pampeana, se hace más notoria en medio de la expansión de la agricultura y de la lechería y —en menor medida— de la ganadería destinada a producir carne. Mantener el buen nivel de rentabilidad en pro de la capacidad productiva y de los buenos saldos exportables, se presentan en esos momentos como consignas ineludibles para capitalizar favorablemente el cambio rural y sostener la «inalterable alianza entre el Estado y el campo argentino» (Carlos Menem, 14/8/1993, en Girbal-Blacha, 2002: 12) para poder superar con éxito la recesión que afecta a la economía nacional. En este escenario el Banco Mundial denuncia una fuerte concentración de la riqueza en la Argentina; es cuando el 20 % más rico de los argentinos obtenía el 51 % de la riqueza anual del país y el 10 % más pobre que en 1975 tenía el 3,1 % de los ingresos, dos decenios y medio más tarde, registra tan solo el 1,6 %. El sector agrario se apresta a mejorar los rindes y la rentabilidad aceptando el desafío de la hora. El INTA estima en más de seiscientos millones de dólares las pérdidas agropecuarias en la región del litoral, con un grave impacto sobre pequeños productores y trabajadores rurales. En este escenario, y tal como lo hiciera en tiempos pasados, el agro es, una vez más, protagonista del quehacer económico y político de la Nación Argentina.

Durante enero de 1996 el premio Nobel Norman Borlaug habla de «los desafíos de la agricultura» y de la necesidad —para países como la Argentina— de encontrar «el sendero tecnológico adecuado» en relación con las necesidades de la alimentación mundial. Para nuestro país la buena situación del agro —aunque empañada en parte por las inundaciones— se consolida y coincide con esa armónica relación entre la dirigencia agraria y la conducción oficial, expresada categóricamente ya en la Quinta Exposición Agroindustrial y Comercial de Verano llevada a cabo en Mar del Plata a comienzos de 1996, así como en las reuniones entre chacareros y técnicos, destinadas a implementar nuevos paquetes agronómicos. Para la Secretaría de Agricultura «el campo será la piedra angular del crecimiento» (Girbal-Blacha, 1996).

En agosto de ese año, mientras la Federación Agraria Argentina denuncia que «faltan políticas integrales», Coninagro sostiene que el desafío es «acordar una política agropecuaria» capaz de fortalecer la empresa familiar mientras se expanden las estructuras de integración de los productores. El convencimiento es que hay espacio para la implementación de políticas sectoriales, sin colisionar con la estabilidad económica y el funcionamiento de la economía de mercado que auspicia el gobierno nacional, para beneplácito de amplios sectores de la producción. Confederaciones Rurales Argentinas —por su parte— cree que la disminución de los *stocks*, el incremento de la demanda con la incorporación de los países asiáticos, los factores climáticos y el cumplimiento de las pautas

establecidas por la Organización Mundial de Comercio (OMC), respecto del cronograma de disminución en la aplicación de subsidios agrícolas, son factores alentadores para el futuro inmediato de la Argentina agrícola, aunque la situación no se reitere para la ganadería de cría y la lana, que pasan por una importante crisis de rentabilidad. CRA entiende que el gobierno debe reducir el gasto público y la presión tributaria sobre el sector, que tiene que alentar una adecuada prestación de servicios e impulsar un proceso dinámico de integración de la producción primaria con la agroindustria y la industria de la alimentación, y así se lo comunica al oficialismo a través de varias sugerencias y pronunciamientos.

Entre 1980 y 1990 la producción de soja se incrementaba un 178 %. Entre los noventa y los inicios del siglo XXI crecía en un 130 %. De modo creciente y sostenido, la Argentina pasaría a ser el tercer productor mundial de soja, luego de Estados Unidos y Brasil (aceite y harina de soja). La siembra directa acompaña desde los años noventa la expansión sojera y el productor dueño de la tierra depende directamente para la venta y comercialización de la soja de los grandes compradores nucleados mayoritariamente en Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (Aapresid). Son ellos quienes se adueñan de las ganancias — con precios internacionales altos— mientras se apropian del lenguaje de la sociedad del conocimiento.

Hay quienes se denominan a si mismos «*los sin tierra*». Es el caso de Gustavo Grobocopatl de Carlos Casares (provincia de Buenos Aires) dueño de la empresa Los Grobo y principal exportador de soja en la Argentina y países limítrofes. La evolución de la unidad económica también crece (Lattuada y Moyano Estrada, 2001). Estos productores agrarios argentinos son jóvenes con una edad promedio que apenas supera los cuarenta años, que cuentan con un muy buen nivel educativo y se han hecho dependientes de la tecnología y partícipes de otro modelo de asociación productiva que es también «otro modelo de negocio»;³ el que revolucionara la producción agrícola argentina en el último decenio. «El porcentaje de graduados universitarios entre los productores argentinos es superior al del Medio Oeste norteamericano» y están dispuestos a innovar.⁴

El mercado va imponiéndose al Estado, desde los albores del siglo XXI heredando los perfiles más negativos del neoliberalismo de los años noventa y varias economías regionales quedan bajo amenaza. El precio de la soja pasaría de \$ 250 en 1992 a \$ 1500 una década después. El poder ya no radica en la propiedad y extensión de la tierra, sino en los consorcios que surgen a la sombra de la siembra directa. La «*oligarquía agraria*», los pools de siembra y el emporio del comercio de la soja cambian su interrelación progresiva y, decididamente, lo harán luego de la crisis del 2001.

³ Clarín, Buenos Aires, 19/5/2013, p. 25.

⁴ Clarín, Buenos Aires, 10/2/2013, Sección iEco, p. 5.

Soja y mercado externo se convierten —una vez más— en sustentos de la economía argentina. Más del 54 % de la superficie sembrada está ocupada por la soja.

Soja. Precio promedio (\$ por tonelada). Pto. Rosario. 1992-2012

Los números del campo (2006/10)

Inversión por hectárea

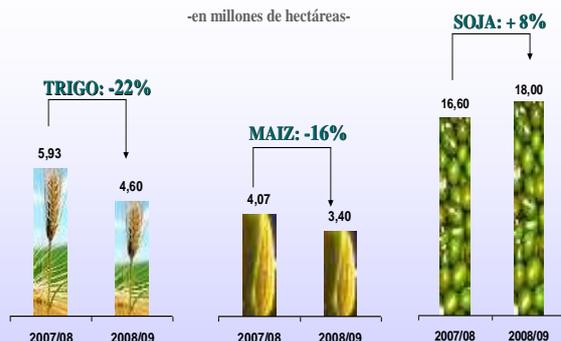
| Cultivo | Superficie (en hectáreas) | Inversiones / hectáreas | US\$ (millones) | % |
|---------|---------------------------|-------------------------|-----------------|-------|
| Trigo | 5.080.000 | 137,98 | 700,9 | 15,93 |
| Maiz | 3.050.000 | 203,13 | 619,5 | 14,08 |
| Girasol | 2.200.000 | 139,63 | 307,1 | 6,98 |
| Soja | 15.300.000 | 155,45 | 2.378,3 | 54,05 |
| Sorgo | 525.000 | 113,75 | 59,7 | 1,36 |
| Otros | 2.427.000 | 137,98 | 334,8 | 7,61 |
| TOTAL | 28.582.000 | 147,98 | 4.400,5 | |

Fuente: INSTITUTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS DE LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA

En 2008 la retención a las exportaciones genera el tratamiento en el Congreso de la Nación y a propuesta del Ejecutivo Nacional de la polémica Resolución 125, finalmente rechazada en medio de la pulseada entre política y economía, para perjuicio de los pequeños y medianos productores. La diversidad de los sectores agrarios y de las corporaciones del campo argentino queda expuesta, así como la dependencia de la economía nacional de la exportación sojera. Entre 2007 y 2010 la superficie sembrada con trigo cae en un 22 %; la dedicada al maíz decrece un 16 % y la superficie destinada a la soja crece —para igual período— en un 8 %. Bajar costos por tonelada producida y sumar tecnología es la ecuación para sostener la llamada «agricultura de precisión» (Farina, 2012).

**Superficie sembrada de los principales cultivos
2007/08 - 2008/09**

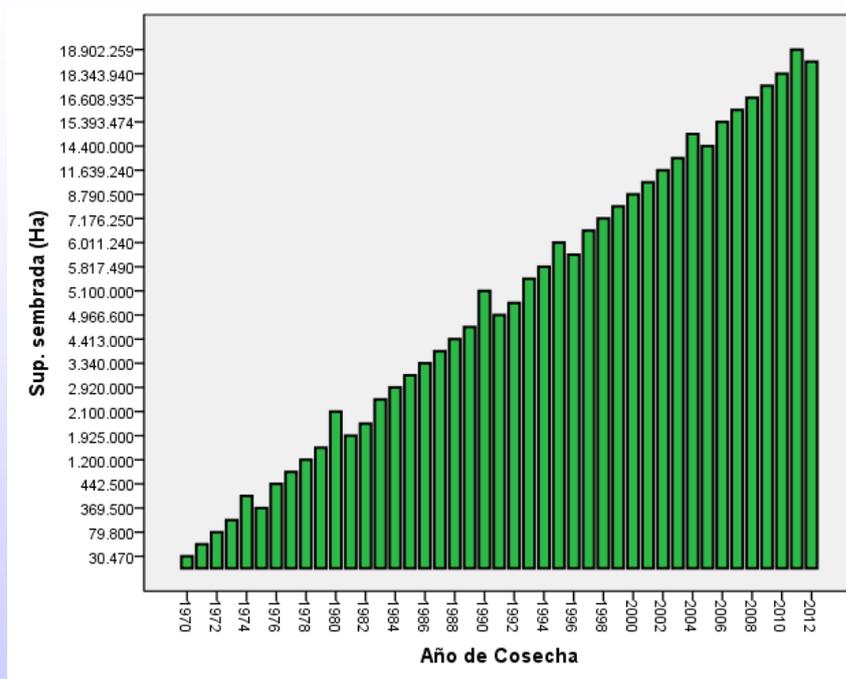
-en millones de hectáreas-



Frente a la crisis: **Agricultura de Precisión** → (-) Bajar costos por tonelada producida
(+) Sumar tecnología

Fuente: Clarín rural 18-10-2008

Superficie sembrada con soja (hectáreas) 1970-2012



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC, Encuesta Nacional Agropecuaria 1994/1997 y 1999/2001, Resultados Generales Márgenes Agropecuarios, 2013.

Durante la última década por la incorporación de nuevas tecnologías, la agricultura sojera superaría en valores y producción a la Argentina de los tiempos del «granero del mundo» (Reca, Flood y Lema, 2010). El lenguaje y el abordaje de la información pone el acento en la estadística, en los perfiles técnicos de la agricultura mientras se invisibilizan los actores que viven detrás de las categorías de análisis y de los conceptos que se abordan en las investigaciones acerca de este tema. Se hace mención al comportamiento del mercado o de las materias primas, pero no se pone el mismo énfasis en los sujetos sociales involucrados y cuyas acciones son importantes cuando se trata de conocer y reconocer el problema agrario pasado y actual.

La agricultura parece desvanecerse frente al agronegocio, en tanto «forma de una producción gestionada por una serie, por lo general desconocidos para la población» (Rojas Villagra, 2012: 17), pero que —al mismo tiempo— con sus acciones modifican la estructura de la producción agrícola, alterando los hábitos sociales y culturales. Es que el agronegocio asociado a la expansión de insumos tecnológicos, resulta la expresión moderna del sistema capitalista en la agricultura; solo permite la expansión y el beneficio de algunos, aunque se

promueva un modelo poco racional de explotación que rinde a costa de la postergación de un modelo económico equitativo (Palau y otros, 2009: 13-19).

El uso intensivo del capital y la escasa necesidad de mano de obra refuerzan la concentración de la riqueza. Un número acotado de empresas con la activa participación de capitales extranjeros controla la producción y la comercialización del monocultivo sojero, de prácticamente todo el modelo, que genera importantes impactos ambientales para estos escasos ganadores del sistema sostenidos en la siembra directa. El poder económico y el control de los recursos agrícolas nacionales guardan correspondencia con esta concentración.

La producción agrícola entendida como negocio omite ponderar la cultura generada alrededor de aquella y coloca en un segundo plano a la agricultura. «La cultura agrícola ha sido desplazada por el negocio agrícola», dando origen a cambios sustantivos en los países de base agropecuaria como la Argentina (Rojas Villagra, 2012: 13).

Por otra parte, la globalización ha fomentado los nexos entre las corporaciones multinacionales, los gobiernos y otros actores impulsores del agronegocio, contribuyendo a modificar la forma de vivir en el mundo rural, en el marco del neoliberalismo, de un importante excedente del capital financiero y del empuje de la biotecnología. Las innovaciones avanzan en estrecha relación con la rentabilidad económica. En estos términos se reconfigura el sistema de producción agrícola y de alimentos.

La tierra en tanto unidad productiva extensa pierde valor en si misma, frente a la alta tecnificación rural, la siembra directa, el uso de semillas transgénicas (desde mediados del decenio de los 90) que permiten un ahorro en los costos. Completan este mosaico rural el uso de herbicidas, plaguicidas, fertilizantes y fungicidas, así como la poca utilización de trabajadores. El modelo del agronegocio confronta con la población rural, que migra frente a la expansión de una agricultura sin agricultores. Por otra parte, crece la concentración de exportaciones del agro argentino y en los últimos cuatro años las PYMES han reducido su participación en ellas del 12 % al 8 %.

El sujeto agrario ha profundizado sus divisiones y la historiografía agraria ha privilegiado algunos temas por sobre otros. Hoy se destacan dos grandes temas en estudio: 1) el de las corporaciones agrarias y sus lógicas político económicas, vinculadas a la expansión de la soja; y 2) la agricultura familiar y la tipología de los productores del agro pampeano. Podría afirmarse que: Agro-Conocimiento-Tecnología-Marginalidad, ocupan el centro del debate historiográfico y en tal sentido avanzan sobre:

I.- El estudio de las diferencias interregionales de la Argentina rural, considerando a la región como el resultado de la producción social del espacio, como un «complejo territorial», en tanto flujo de una relación-tensión, que pone énfasis en las vinculaciones y conflictos político económicos y socio-ambientales, como parte del significado que la tierra tiene hoy en estos análisis críticos referidos al «patrimonio de los recursos naturales».

II.- El análisis de la trama que construyen los sujetos sociales, las redes presentes en las estructuras de poder, que se traducen como parte de la construcción del espacio rural, ampliando los testimonios que dan cuenta de esos procesos para que puedan ser interpretados a la luz de esta nueva realidad del heterogéneo mundo agrario. «El ambiente y el manejo de datos serán los temas del futuro», sostiene Federico Bert, líder de Investigación y Desarrollo de la Asociación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (AACREA).

III.- La caracterización de las relaciones de poder que sustentan las políticas públicas de la Argentina rural, entendiendo que ellas surgen de un tejido complejo de vinculaciones, estructuras, capacidades de gestión de recursos y de control sobre los grupos sociales en el amplio y diverso espectro regional del territorio nacional, no es ajeno a la sociedad del conocimiento, al cambio tecnológico, al agronegocio, a la burocracia y a la marginalidad.

Se trata de un contexto historiográfico renovado que incluye un mosaico interesante y variado de estudios de casos, permitiendo llevar adelante un complejo juego de escalas. La ruralidad y la agricultura son parte de la estructura social y de las diversas realidades regionales, cuando cambia la escala de observación y se apela a la evaluación e interpretación de nuevas fuentes primarias y a una relectura multidisciplinar de las tradicionales, se gesta un balance crítico del heterogéneo mundo rural argentino.

Muestra agropecuaria anual en la Sociedad Rural Argentina.





**2008 – Cortes de ruta del
sector agrario**

4. Reflexiones finales

El paisaje es considerado como «un componente objetivo del territorio y recurso para su ordenación». El territorio —por su parte— se transforma en tanto «escenario histórico de las actividades sociales»; pero el paisaje es «expresión del patrimonio natural y cultural de toda sociedad y manifestación visible de sus relaciones con el territorio propio» (Gutiérrez del Castillo, 2002: 7 y 15). Los paisajes son expresión de proyectos políticos, como lo demuestra el caso argentino, con sus desigualdades regionales. Son parte de un capital y se componen de una «relación entre la objetividad y la subjetividad» (Español Echáñiz, 2008: 230-231). Existe una lógica de ocupación del territorio que adquiere relevancia en un país de base rural como la Argentina.

En ese sentido, la Argentina agrícola ha sabido y sabe ajustar su accionar a las exigencias de las diversas coyunturas. No rompe los lazos con sus orígenes y más allá de que hoy se reconozca o no como un país agrario, lo es. De los inicios conserva vigente la tradicional importancia de la producción típica de la pampa húmeda, aunque ahora diversificada, beneficiada por el avance tecnológico y sujeta a mayores niveles de eficiencia. También expresa su continuidad a través de la permanencia de corporaciones agrarias constituidas en el siglo XIX o en los albores del XX, que suman su acción al de otras más nuevas, formadas como expresión de la adecuación del sector rural de la economía a las condiciones de modernización y globalización del mundo actual. Como manifestación del cambio las unidades productivas mejoran su nivel de eficiencia, acotando superficies y elevando rindes. La tecnología rural se extiende, mientras se asiste a una interesante

diversificación del mundo agrario, que ya no puede ser visto como un conglomerado homogéneo, ni en su cúpula ni en sus bases.

La competencia por la provisión de los mercados se acentúa. Nuestro país se ve obligado a ser creativo para aumentar la eficiencia del sector, en tanto brega por reducir el proteccionismo internacional. La Argentina rural sabe que es difícil salir airoso de la confrontación si se queda al margen de las condiciones capaces de contrarrestar los efectos de un mercado mundial agrario competitivo y tecnificado. Busca, una vez más, el apoyo oficial, pero los tiempos han cambiado para los sectores rurales.

La soja, su producción, su precio, su contribución a la recaudación fiscal está en el centro de las discusiones. Se abordan críticamente desde el discurso, los beneficios y perjuicios de un cultivo que, concentrado en pocas manos, separa firmemente a dueños del suelo, de productores y exportadores, de espaldas a las repercusiones ambientales y ecológicas; cuando la ganadería argentina sufre el impacto de los cambios en la demanda externa y en la dieta de argentinos y extranjeros; mientras las inundaciones han obligado en varias oportunidades a reorientar la producción agraria. De todos modos, el campo sigue siendo una opción imprescindible para la economía argentina, que ha sufrido desde mediados de los años setenta la devastación derivada de un proceso de desindustrialización sin precedentes, acentuado durante la segunda mitad de la década del noventa.

La continuidad entre el pretérito y el presente de esta Argentina históricamente rural se advierte haciendo un simple repaso de los hitos fundamentales que jalonan el pasado nacional. La memoria debe nutrirse de ellos para dar consistencia a esta especie de «*modelo para armar*» en que se ha convertido el campo argentino, cuando las fortunas personales o sectoriales se salvaguardan, se acrecientan, y no pocas economías regionales se empobrecen (Rofman y cols., 2012). Los protagonistas se vinculan a las etapas de producción y comercialización agraria. La dirigencia argentina se enlaza con el quehacer rural en sus distintos rangos y grados de evolución, se nutre de sus ganancias, pero no siempre reinvierte en las regiones de las que extrae los beneficios, provocando una aguda crisis en las economías regionales. El rastreo de este pasado tal vez permita comprender por qué un país que figura en los primeros rangos como productor internacional de alimentos tiene a un 40 % de su población en el límite de la línea de pobreza y a un alto porcentaje de sus niños con serios problemas de desnutrición.

Al mismo tiempo, en una Argentina donde la educación y el trabajo han perdido su condición de instrumentos para el ascenso social, podría decirse que es la adecuación a los tiempos, el perfil que con mayor claridad muestra al sector agrario como un elemento dinámico y modernizador de la economía del país; reconstruirlo es necesario para encontrar nuevos rumbos, preservar valiosas continuidades y corregir errores fundamentales que

permitan promover y ejecutar auténticas políticas de Estado favorables a una inclusión social genuina.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ, J. (1912). *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires de la República*. Buenos Aires: Taurus.
- ARCEO, N. (2011). «Consolidación de la expansión agrícola en la post convertibilidad». *Realidad Económica*, n.º 257pp. 28-55.
- BARSKY, O. y GELMAN, J. (2001). *Historia del Agro Argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori.
- COMÍN COMÍN, F. (2012). *Historia económica mundial. De los orígenes a la actualidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- DELGADO BUJALANCE, Buenaventura y OJEDA RIVERA, J. F. (2010). «Representaciones de paisajes agrarios españoles», en ORTEGA CANTERO, N.; GARCÍA ÁLVAREZ, J. y MOLLA RUÍZ GÓMEZ, M. (Eds.): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid Ediciones.
- ESPAÑOL ECHÁÑIZ, I. (2008). «El paisaje como percepción de las dinámicas y ritmos del territorio», en MADERUELO, J. (dir.). *Paisaje y territorio*. Madrid, ABADA Editores.
- FARINA, J. (2012). «Cuantificación y posiciones políticas respecto de la renta sojera y las retenciones en la Argentina». *Realidad Económica*, n.º 265, pp. 110-132.
- GIRBAL-BLACHA, N. M. (1996). «La Argentina agrícola: continuidad, cambio y perspectivas (1880-1996)». *Revista de la Bolsa de Cereales*, vol. 123, n.º 3008, pp. 22-33.
- GIRBAL-BLACHA, N. M. (2002). «Las crisis en la Argentina. Juicio a la memoria y la identidad nacional. Reflexiones desde la perspectiva histórica». *Theomai*, número especial, invierno.
- GIRBAL-BLACHA, N. M. (2003). *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1946-1955). Una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- GIRBAL-BLACHA, N. M. (2011). *Vivir en los márgenes. Estado, políticas públicas y conflictos sociales. El Gran Chaco Argentino en la primera mitad del siglo XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- GONZÁLEZ BOLLO, H. (2012). *La teodicea estadística de Alejandro E. Bunge (1880-1943)*. Buenos Aires: Imago Mundi-UCA.
- GUTIÉRREZ DEL CASTILLO, C. y otros (2002). *Paisaje y ordenación del territorio*. Sevilla: Junta de Andalucía-Consejería de Obras Públicas y Transportes-Fundación Duques de Soria.
- LATTUADA, M. y MOYANO ESTRADA, E. (2001). «Crecimiento económico y exclusión social en la agricultura familiar argentina». *Economía Agraria y Recursos Naturales*, vol. 1, n.º 2, pp. 171-193. Disponible en: <https://ageconsearch.umn.edu/record/28743/> [Consultado el 26 de abril de 2019].

- LLACH, L. (1984). «El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo». *Desarrollo Económico*, vol. 92, n.º 23, pp. 515-558. doi: 10.2307/3466422
- MADDISSON, A. (1988). *Dos crisis: América y Asia 1929-1938 y 1973-1983*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- O'CONNELL, A. (1984). «La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta». *Desarrollo Económico*, vol. 92, n.º 23, pp. 479-514. doi: 10.2307/3466421
- PALAU, T.; CABELLO, D.; RULLI, J. y SEGOVIA, D. (2009). *Los refugiados del modelo agroexportador*. Asunción: BASE.
- RECA, L. G.; FLOOD, C. y LEMA, D. (2010). *El crecimiento de la agricultura argentina. Medio siglo de logros y desafíos*. Buenos Aires: Eudeba.
- RODRIGUEZ LESTEGAS, F. (2010). «¿Territorialidad o patrimonio cultural común? La conformación de una identidad europea», en ORTEGA CANTERO, N.; GARCÍA ÁLVAREZ, J. y MOLLA RUÍZ GÓMEZ, M. (Eds.): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid Ediciones.
- ROFMAN, A. y cols. (2012). «La evolución territorial del desarrollo económico-social en el nuevo régimen de acumulación», en ROFMAN, A., *Las economías regionales. Luces y sombras de un ciclo de grandes transformaciones 1995-2007*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes-Centro Cultural de la Cooperación.
- ROJAS VILLAGRA, L. (2012). *Actores del agronegocio en Paraguay*. Asunción: BASE-ICCO-Diakonia.
- SCOBIE, J. R. (1968). *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- SMITH, P. (1968). *Carne y política en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.